GAS
por Mariano Sanz F. de Córdoba

Pre: Tenía que huir de aquella pesadilla, huir de su víctima, escapar de la imagen de la muerte que inexorable, le miraba fijamente desde el espejo.

Después de cerrar la ventana, abrió la llave y franqueó la puerta que comunicaba con el pasillo. Caminó lentamente por el alfombrado corredor lanzando miradas de soslayo en todas direcciones como si temiera alguna amenaza oculta y, por fin, entró en una acogedora estancia.

Sólo lanzó una furtiva mirada al interior de la misma. Reparó en alguien que se encontraba tendido en una cama y tenía una rigidez cadavérica; los brazos caían inertes a los lados del cuerpo y su desfigurado rostro poseía una indefinida expresión. Sólo los ojos parecían tener vida en aquel ser y ahora miraban fijamente al que acababa de entrar. Este le devolvió el saludo con desprecio y sonrió. No obstante, como le ocurría últimamente, le sobresaltó aquella mirada. Volviéndose hacia el pasillo creyó percibir el olor del gas.

«Ojos, oído y olfato. A eso has quedado reducido, maldito», murmuró.

Colocó en la entrada una silla para evitar que la puerta se cerrara y abandonó la casa por la escalera de servicio. Comprobó que el conserje no se encontraba en su puesto y, levantando el cuelo de la gabardina, se perdió en las sombras de las callejuelas paralelas la gran avenida. Al entrar en el automóvil miró la hora en su reloj de oro. Perfecto. Poco más tarde se convirtió en uno más de los que transitaban por la ciudad.

*** * ***

–No puede ser. ¿Por qué insistes siempre en lo mismo? No podemos ir esta noche; debo quedarme con él.

–¡El , él, siempre él! ¿Por qué no piensas alguna vez en mí o en ti mismo?

–Me necesita...

–Yo también te necesito. Llevamos dos años en esta situación, pero continuaré así ni un día más.

–¿No puedes entender que debo cuidar de mi hermano?

Le miró y sacudió su rubia cabellera. Carlos recordaba perfectamente aquella escena. Luego se besaron y ella apoyó la cabeza en su hombro.

–No lo entiendo –dijo. ¿Acaso crees que puedes devolverle la vida por estar todas las noches velando su sueño?

–Aún no está muerto y cabe la posibilidad...

–No nos engañemos, Carlos. Sabes que tu hermano sólo posee vida

vegetativa; nunca podrá moverse ni hablar, ni contraer un músculo, ni comero por sí mismo... Jamás podrá salir del estado en que se encuentra.
–¡Aún vive y quizá sea capaz de pensar!
–No lo creo, pero si quieres seguir alimentando esa duda, puedes continuar por ese camino. Hazlo si lo deseas, pero yo no te acompañaré.
–Debes comprender que tengo que darle los medicamentos todas las noches...
–¿Es que no te das cuenta? Toda la fortuna que os dejaron vuestros padres se la está llevando la enfermedad de Miguel. Os arruinaréis...
–Sí ya lo sé, pero no puedo hacer nada por evitarlo; antes de morir, mi padre puso una condición para que, en su día, pudiera disponer de la parte que me corresponde: cuidar de mi hermano hasta que éste muera.
–No conocía esa cláusula del testamento...
–Todos la ignoran, excepto el juez, el notario y el jefe superior de policía.

–Carlos, sólo existe una solución para escapar de esta situación... Quizá ni siquiera tu hermano quiera seguir en ese estado sabiendo los inconvenientes que te plantea. Es posible que esté sufriendo continuamente y que desee descansar de una vez. Pero no puedes esperar que te lo confiese porque jamás lo podrá indicar. Debes ayudarle a él y a ti mismo.
–No quiero seguir escuchándote. Es mi hermano...
–Deberás decir lo que queda de tu hermano; los restos de lo que fue antes del accidente.
–¡Es mi hermano!

* * *

Las once. Todo se desarrollaba con precisión cronométrica. A las nueve había acudido a la fiesta con Claudia; una hora más tarde les sirvieron una cena fría y hacía escasamente veinte minutos su prometida había echado en falta las vitaminas que siempre llevaba con ella y que, intencionadamente, Carlos había sustraído del bolso antes de marchar a la fiesta. Fingiendo que se trataba de un olvido, se ofreció a llevárselas y, aunque Claudia quiso acompañarle, todos convinieron en que no era necesario que se marcharan los dos. La casa de su futura mujer se encontraba vacía, por lo que nadie podrá sospechar que Carlos había tomado una dirección diametralmente opuesta dirigiéndose a su domicilio para llevar a cabo su acción criminal.
–Has venido muy pronto –dijo Claudia, saliendo a recibirle a la puerta de la mansión donde se celebraba la fiesta.
–A estas horas hay poco tráfico –respondió, extrayendo un frasco de su chaqueta–. Toma, aquí tienes esto.
Las once y veinte. El gas ya habría llenado la habitación de Miguel. Aquel ser vegetal no habría podido evitar que sus pulmones aspiraran el gas y quizá sus ojos, aquellos ojos que presidían su existencia, habrían perdido definitivamente la vida. Nadie sospecharía. Allí estaban todos: el comisario, Claudia, la alta sociedad en pleno... Sí, habría muerto ya. Su buen amigo Raúl, a quien había rogado que se pasara a última hora de la noche por su casa para ver si Miguel se encontraba bien, estaría a punto

de llegar y descubrir el cadáver. Era lo mejor para todos...

De pronto, se escuchó un gran alboroto en la casa. Alguien se acercó al grupo donde se encontraban Carlos y sus amigos.

–¡Raúl! –dijo Carlos, acudiendo al encuentro del acalorado visitante–. ¿Sucede algo?

–Se ha producido un accidente en tu domicilio.

–¿Un accidente? –gritó, nervioso.

–Lo siento, Carlos. Al parecer, ha sido un escape de gas. Se han llevado a tu hermano en una ambulancia, pero...

Carlos avanzó rápidamente hacia la puerta. Cuando pasó junto al jefe superior de policía se detuvo.

–¿Quiere venir conmigo?

–Desde luego.

* * *

El asunto se arregló a plena satisfacción para Carlos. El comisario abrió una somerísima investigación que pronto quedó zanjada. La compañía de gas tuvo que pagar una fuerte indemnización que Carlos empleó íntegramente en proporcionar a su hermano un fastuoso entierro. Después se encerró una semana en su casa negándose a recibir más visitas que las de Claudia y las de algunos amigos íntimos. Nadie le reprochó tal descortesía porque de todos era conocido el profundo amor que siempre había unido a ambos hermanos.

Sin embargo, el mismo día en el que se le confirmó como heredero universal de los bienes que legítimamente le pertenecían, rompió el luto riguroso y organizó una fiesta a la que invitó a cuantos conocía y de los que en algún momento pudiera obtener algún beneficio. En un principio, esta reacción provocó los más encontrados comentarios, pero Carlos se adelantó a dar una explicación.

–Todos sabéis los sentimientos que me unían con mi hermano. Os doy las gracias por haberme ayudado a soportar el dolor que me ha producido su pérdida. Pero no quiero pronunciar discursos en una noche como esta, pues ya alguien dijo que nunca han de ser tan largos como nuestro dolor ni tan cortos como nuestro entendimiento. Sencillamente, quiero brindar por Miguel; todos desearíamos que estuviera entre nosotros...

De pronto, interrumpió sus palabras. Con los ojos desmesuradamente abiertos, aferró la copa entre sus manos. Los brazos comenzaron a convulsionarse y entreabrió los labios, aunque no pudo articular palabra alguna. Los comensales más próximos acudieron en ayuda de Carlos que, con los dedos crispados, había adquirido una extraordinaria rigidez. Avisaron a un médico y poco después, los reunidos se tranquilizaron al saber que sólo necesitaba reposo.

–Ya se han marchado todos –dijo Claudia, llevándole a la cama una taza de té–. Nos diste un buen susto.

Carlos miró a Claudia y luego bebió la infusión.

–Ha sido horrible –dijo, hundiendo la cabeza entre las manos.

–No te preocupes. El doctor ha dicho que todo ha sido debido a la tensión que has soportado los últimos días.

–No, no es eso. Yo le vi... estaba allí, en el fondo de la copa, sonriendo.

Sus ojos me miraban entre las burbujas del champán con la apagada serenidad de la muerte.
–Cálmate. El doctor dijo que no debías excitarte. Ahora tienes que reponerte... Estás muy pálido.
Claudia se acercó a una repisa y volvió con un espejo.
–¡Mírate! Pareces otra persona.
Carlos vio su rostro reflejado en el cristal. Luego, su sonrisa fue desapareciendo hasta quedar transformada en una horrible mueca. Claudia, asustada, se acercó al hombre a quien parecía haber atacado la misma enfermedad que durante el banquete. Quitó el espejo y Carlos, cuyo cuerpo parecía agitarse por múltiples convulsiones, se hundió entre las sábanas. Cuando llegó el médico, dormía pesadamente oculto bajo las ropas y replegado sobre sí mismo.

* * *

Claudia, envuelta en una toalla de baño, cruzó rápidamente el salón secándose el cabello y descolgó el teléfono.
–Sí, ya casi estoy... ¿Una hora? Bien, hasta luego.
Entró en el dormitorio y preparó una maleta. Casi dos horas más tarde Carlos pasó por su casa.
–¿Cómo te encuentras? –dijo Claudia, acabando de maquillarse.
–Bien, pero no creo que esto sirva para nada.
–El doctor dijo que te convenía pasar unos días en el campo. Tienes que tranquilizarte.
–Eran tan perfectas las imágenes, sonreía de una manera...
–No te atormentes más. Tu hermano está muerto y nosotros tenemos una vida por delante. No tienes la culpa del accidente; bastante hiciste todos estos años por él.
Carlos quiso decir algo, pero Claudia había salido ya de la casa. Poco después ambos se acomodaban en el automóvil.
–¡Un momento! –dijo Claudia, llevándose las manos a la cabeza–. He olvidado otra vez las vitaminas.
–¿Dónde están? –dijo Carlos, haciendo un gesto de desagrado.
–Arriba, en mi habitación.
Cuando llegó ante la puerta de la vivienda, Carlos observó que no tenía echada la llave. Le extraño, pues creyo haber cerrado al salir, pero no prestó especial atención a su olvido. Se dirigió a la habitación de Claudia e, inadvertidamente, miró al espejo. Su rostro se contrajo. Al otro lado del cristal, su hermano le miraba, sonriente. Le pareció que levantaba los brazos en su dirección y, aterrorizado, corrió hacia la puerta. No obstante, antes de alcanzar la salida notó una leve presión sobre los hombros y un halo frío, casi helado, rozó su cuello. Finalmente, bajó las escaleras con gran precipitación. Al pasar junto al panel del conserje, éste le saludó con amabilidad... ¡No! No era el portero, sino Miguel quien se encontraba tras la cabina de cristal.
Entró en el vehículo como una exhalación empujando a un lado a su compañera.
–¿Qué te sucede? –preguntó asustada.
Carlos no contestó. Conduciendo temerariamente y enjugando de vez en

cuando el sudor frío que, descendiendo por la frente, le nublaba la visión, llegó a la autopista.

–Por aquí no vamos a tu finca... ¿Qué ocurre? ¡Frena, vamos a estrellarnos!

No importaba. Tenía que huir de aquella pesadilla, huir de su víctima, escapar de la muerte. Poco a poco fue disminuyendo la velocidad; quizás ya le habría dejado atrás. No le podría alcanzar en mucho tiempo. Miró maquinalmente el espejo retrovisor y... ¡estaba allí! ¡Le perseguía! Le había seguido hasta aquel lugar...

–¡Allí! –gritó Claudia–. En el espejo... ¡mírale!

–¡No hay nadie! Estamos solos los dos. ¡Tranquilízate!

Carlos lo veía. Notó que su hermano tendía las manos hacia su cuello y experimentó la sobrecogedora sensación de unos acerados dedos, fríos como la muerte, oprimiéndoles la garganta. Creyó que se ahogaba y soltó el volante. Claudia quiso hacerse con el automóvil, pero fue inútil; el vehículo salió lanzado fuera de la carretera, cayó por un barranco y poco después se encontraba transformado en un montón de hierros retorcidos por el fuego.

* * *

Los primos de Carlos fueron los depositarios de la fortuna. En cierta manera, únicamente actuaban como administradores de la misma, pues esta aún seguía perteneciendo a Caros. Sin embargo, a raíz del accidente que costara la vida a Claudia, el legítimo propietario había quedado en tan espantoso estado que no podía disponer de ella.

El accidente había paralizado totalmente su cuerpo, los músculos no obedecían a los estímulos externos y había perdido la sensibilidad. Aunque los sentidos de la vista, del oído y del olfato permanecían intactos, nadie sabía si tenía o no dañado el cerebro. Únicamente alentaba en él una vida vegetativa impulsada por su corazón y mantenida y alimentada por continuas transfusiones de suero. La misma vida, en definitiva, que arrastrara su hermano Miguel durante los últimos años de su existencia.

Desde hacía cuatro meses vivía en casa de sus primos. Siempre sobre el mismo lecho, los ojos fijos en el inmaculado techo de la habitación...

Cerca de él, sus primos discutían algo. Después cerraron la ventana de la habitación, le miraron y salieron de la casa. Algo más tarde, las pupilas de los ojos de Carlos recorrieron desesperadamente el globo ocular. Hasta su olfato habían llegado los efluvios de un olor característico y su alertado oído percibió el silbante sonido del gas escapando de la bombona que lo contenía.